La Vanguardia 22 abril 1969

SD 115

POR LAS ORILLAS DEL TAMESIS

EL FOTOGRAFO Y LA PRINCESA

VIVIMOS en la era de los fotógrafos. Nada hay inaccesible para ellos. Las cámaras asaltan los altares y el «flash» empalidece el resplandor de los cirios. Tienen reservados al igual que los duques —y mejores que los de ellos— sus puestos en las coronaciones y no hay pompa sobre la tierra en cuyo costado no surja, inesperadamente, un hombre con su máquina. Bajorrelieve de los grandes fastos, nada de lo humanamente previsible acontece que no les tenga a ellos por fedatarios. El fotógrafo es el monarca de los grandes panoramas, pero también de las pequeñas, minúsculas incidencias de la vida, vedadas antaño a la contemplación pública. El fotógrafo, impertinente pero certero, toma nota del último suspiro de los agonizantes y del primero de los enamorados; nos transmite el rictus final de los soberanos y la inicial curvatura de una gestación ilustre. En ninguna parte, por encumbrada que sea, puede el fotógrafo parecer disonante o entrometido. Al contrario, se cuenta con él como un invitado excepcional, al que se le espera y cuyo retraso provoca el de las encopetadas ceremonias. Nos hemos acostumbrado ya a que aparezcan en los actos más solemnes, aquellos cuya estética se cuidó con mayor detalle y puntillismo. Por entre los uniformes con bandas y condecoraciones, los fabulosos escotes que los collares de perlas recortan, los fraques, las largas colas de las damas, saltan como gnomos, audaces, irrespetuosos, con sus trebejos a punto y, a diestro y siniestro, disparan, como los vaqueros del lejano Oeste, sus inofensivas pistolas de luz.

Inofensivas... Bueno, no siempre. A veces, una fotografía provoca fervores u hostilidades. Según el escorzo que nos transmite, hace odiosa o simpática la persona retratada. Pinta de éxito o de fracaso la asamblea, el mitin, el desfile, según le apetezca y substrae o añade quilates, conforme le conviene, a la desnuda realidad que el objetivo ciñe.

Terribles caminos abren la pasión y el sectarismo a ese tic tac mecánico del disparador. Todo lo puede mirar, pero todo puede desfigurarlo. El candor convertirlo en estupidez, el mal genio circunstancial en permanente violencia de carácter, la sonrisa elaborada a brazo en prenda de afabilidad. Aquella fisonomía que les enamora o les cae en gracia tiene abiertos los caminos de la fama. El del olvido, la que les enoje.

Los «grandes» de la hora del mundo en que vivimos, no los hacen, naturalmente, las «Leicas» profesionales, pero éstas acortan o menguan su reinado.

Que Dios libre al poderoso de un fotógrafo avieso. Porque el objetivo —cuya sensibilidad es prodigiosa— miente cuando quiere con un descaro infinito. El retocado, el maquillaje de los negativos, desanda o apresura el paso del tiempo, acentúa o atenúa los estragos de la enfermedad. La existencia de fotógrafos oficiales —inmunes a toda posible traición— demuestran cómo es de delicado el mapa de la fisonomía humana y a qué precio importa alejarse de las malas intenciones o escabullirse de la absoluta verdad.

A esos fotógrafos oficiales, los «grandes» de la Tierra les revelan sus secretos como a los santos confesores los señores de los palacios. Aquel tullido brazo del Kaiser que, según los biógrafos, tantos estragos psicológicos provocó, era llevado al Jordán de la lente amiga para que lo evitase piadosamente o buscado por los que tiraban desde sus trípodes contra el Imperio germánico, sirviéndoles de cimbel la enfermiza anquilosadura de su jerarca supremo.

Estamos en el siglo de la fotografía y tanto nos atraen las que nos tienen a nosotros y a nuestro medio de protagonistas, como las que nos dejan entrar en el cerco de nuestros vecinos o de nuestros antípodas. El narcisista placer de verse a sí mismo se iguala con el de ver a quienes nos seducen o nos apasionan. Así, los oficiantes de la fotografía han proliferado de tal manera que el político, la estrella, el criminal, apenas si aparecen solos. El fotógrafo no atina a aislarlos, salvo con emulsiones de laboratorio que la urgencia no permite. Por eso Eisenhower, Sofía Loren, o Chessman, se nos exhiben rodeados de fotógrafos que son fotografiados mientras ellos, a su vez, fotografían.

Iniciada la era interplanetaria, la Tierra, carirredonda, pausada y sin afeites posa ya, dando un ejemplo de humildad, ante los objetivos de los proyectiles estratosféricos cada lunes y cada martes.

Desde hace poco, la Luna —sonría al pajarito—, sorprendida, apenas si ha tenido tiempo de alisarse las arrugas de las cordilleras, de darse colorete en las grandes ojeras de los cráteres. Se han hecho así sus postales para mandar a los astros, sus amigos, como recuerdo de vacaciones.

El enlace de la princesa Margarita con Armstrong revalida la importancia de la clase y es un éxito sin precedentes para los fotógrafos. «Fijaos adonde he llegado», pudo decirles en el Covent Garden, a sus antiguos colegas. Y aun parece —y eso es ya menos elegante— que, de una u otra manera, se lo dijo. Bueno, un poco de «morganatismo» va maravillosamente a las monarquías.

Cuando años atrás Isabel II llegó a Westminster con el cetro y el globo terráqueo, seguramente ya Armstrong andaba por allí —«flash» y cámara— pisándole el armiño. Ahora le ha bastado bracear con suerte para instalarse por derecho junto a ella, para ser su cuñado, tío del futuro rey defensor de la fe. La distancia era tan corta... Los únicos cambios consisten en que Armstrong luce un clavel blanco en el ojal de su etiqueta, justo allí por donde se bamboleaba hace muy poco, el cartoncito con la ficha de su identidad profesional y que en las tarjetas, bajo su nombre y en lugar de su antiguo domicilio Pimlico Road, que ha traspasado, se lee, simplemente, Palacio de Buckingham.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española